

Zamora y Florida: de España y Cuba, terruños míos

José Ángel y Manuel Gárciga Blanco

I. INTRODUCCIÓN

Las prístinas y muy animadas cabalgatas que disfrutamos en los primeros años de la infancia, las realizamos sobre las piernas del abuelo, Raimundo Blanco Fernández. Desde ellas conocimos que en un lejano paraje llamado España existió el Cid Campeador y también de la presencia de otro señor, de apellido Zorrilla, quien había escrito ciertos versos referidos a la historia de un joven enamoradizo llamado don Juan Tenorio, de los cuales le placía declamar: “Cuán gritan esos malditos / y que mal rayo me parta / si yo escribiendo esta carta / no pagan caros sus gritos”. Sin rubor declaramos que ésta es la única estrofa que hemos logrado memorizar del ilustre dramaturgo de Valladolid.

Pero las más interesantes conversaciones de aquellas crepusculares tertulias de a caballo, Manuel montaba en una pierna y José Ángel en la otra, eran las relacionadas con Zamora y la aldea natal, Morales de Valverde. Abuelo solía comparar el corte de arroz con la forma de segar el trigo y hacía demostraciones blandiendo la hoz que tenía en casa; mostraba cómo Felipe, el padre, durante las jornadas a campo abierto espantaba el frío dándose manotazos en las costillas con los brazos cruzados; también describía la forma en que Doña María, la madre, cocía al horno el pan nuestro de cada día, o detallaba la preparación de una exquisita garbanzada a lo zamorano.

Las propuestas más generales que inducen a conducir la vida por la senda de la virtud, Blanco las ilustraba con decenas de ejemplos prácticos de su abuelo, de los padres y de él mismo, lo cual testimoniaba la presencia de los más universales conceptos del hombre de bien en las fibras de su individualidad. ¿Y quién mejor que Raimundo Blanco para propugnarlos? Ninguno de los vicios humanos encontró brecha para entrar en su vida, al extremo que nunca se le escuchó decir palabras obscenas, tan usual en los hombre como él inmersos en la rudas tareas del campo; pero, además, disponía de suficiente

energía y valor para exigirles a quienes les rodeaban que no las dijeran; obviamente preferirlas alguno de sus hijos o nietos era inadmisibles.

Con el paso del tiempo las preguntas y respuestas sobre el amado terruño zamorano, el por qué vino a Cuba, cuáles habían sido los obstáculos que le impidieron regresar a España, cómo había sido su vida y otras, fueron repetidos temas de conversación.

Por eso, ahora que nos dispusimos a escribirlas se narran de golpe, despojadas de atuendos especiales, con ese su hablar de raigambre española y “aplatanamiento” cubano adquirido a lo largo de los años de vida en nuestra isla; la memoria reproduce, amén de los hechos, el estado anímico que tenía cuando contaba. ¡Ojalá esta versión se le aproxime!

Como el privilegio de escuchar al abuelo no fue únicamente nuestro, acudimos a los demás familiares no solo con el propósito de precisar detalles, sino para escuchar de ellos apreciaciones, juicios e imágenes. Haber comprobado que en todos existe plena coincidencia sobre cómo era Blanco, corrobora la existencia de su elevada moralidad y carácter íntegro. Casi durante medio siglo, abuelo estuvo acompañado del coterráneo, tocayo, primo de sangre, hermano afectuoso y (como él mismo lo definiera) fraterno compañero de lucha en la vida, Raimundo Mateos. A Mateos no lo conocimos porque el azar quiso que el mismo año de su muerte naciera José Ángel (el mayor de nosotros), pero estamos persuadidos de que la historia de uno, no puede contarse sin constantes referencias a la del otro; ambos fueron algo así como dos almas gemelas; por eso este relato tiene dos protagonistas y referencias sobre algunos zamoranos más.

Abuelo ha dicho, los demás familiares lo afirman y nosotros no lo negamos, que el motivo determinante para venir a Cuba, y a la postre causante de la migración de él y los hermanos Mateos, radicaba en las necesidades económicas de la familia y de ellos mismos; pero a nuestro modo de ver, la causa más profunda, la fuerza generatriz de la aventura, estriba en el inmenso amor filial, en el deseo de entregar felicidad a los suyos; el afán de llevarle a los padres parte de lo ahorrado constituye un sólido elemento probatorio. El egoísta, el usurero, suele atesorar dinero, sin muchos reparos en la forma de obtención, y mantenerlo consigo mientras está vivo. Blanco estaba situado en el otro extremo; aquella decisión de repartir entre sus hijos todos los ahorros que tenía, desde varios meses antes de morir (falleció el 3 de marzo de 1997), es una prueba concluyente. Pero su generosidad no solo era manifiesta con la familia; el amor al prójimo y la solidaridad humana la prodigaba a diario con vecinos, amigos, conocidos y otras personas.

Durante la angustiada y miserable década de los años cincuenta, por un camino cercano a la finquita del abuelo transitaban, a pie, familias desposeídas

de casa y trabajo; el apeadero ferroviario, con frecuencia, lo tomaban por refugio temporal e iban hasta las viviendas de los campesinos de la zona a pedir alimentos para los hijos. De casa del abuelo, los cacharros de esos transeúntes siempre salieron llenos; aún la memoria conserva aquellos rostros con gestos de aflicción cuando llegaban y de júbilo al marcharse. La historia escrita de los países americanos colonizados por España, sin decir mentiras, suele contar hechos desagradables de los conquistadores; esos españoles de quienes nos hablaban en el aula cuando éramos niños, nada tenían que ver con el abuelo Raimundo Blanco, ni con los hermanos Mateos. De Blanco, los Mateos y de los cientos de miles que procrearon nuevas familias en estas tierras –genuinos representantes de la Península Ibérica, sangre de la sangre de nosotros, los descendientes–, poco o nada se ha dicho, y es hora de que se cuente.

Según interpretamos la Junta de Castilla y León, el Centro de la UNED de Zamora, Caja España y el Archivo de la Escritura Popular, quieren aproximarse a este otro rostro más digno, hermoso y humano de esta historia. Si así es, enhorabuena. Manifestamos por adelantado nuestro regocijo si este modesto relato, de algún modo, contribuye a tal propósito. Solo nos resta invitarlos a escuchar la historia, que el abuelo nos cuenta¹.

II. ZAMORA Y FLORIDA, DE ESPAÑA Y CUBA, TERRUÑOS MÍOS

1. NIÑEZ Y ADOLESCENCIA EN MORALES DE VALVERDE

Al igual que los muchachos campesinos de aquí, en Morales de Valverde comencé a trabajar a los seis o siete años de edad. Mi padre, Felipe Blanco Guerra, tenía una parcela en la que sembraba uvas, trigo, patatas y en menor cuantía otros vegetales para el consumo y los gastos de manutención de la familia. Quienes residíamos en esa humilde región de Zamora vivíamos de lo que producía la tierra. El trabajo en el campo era duro porque no contábamos con tractores, ni maquinarias modernas y desarrollábamos un cultivo de tipo seco. Mi mamá, María Fernández García, con mis hermanas Demetria, Edelfina, Joaquina y Leonor, se ocupaba de las tareas domésticas y el cuidado de los animales de corral. Esas actividades a las mujeres las atareaba mucho tiempo; por ejemplo: aquí se compra el pan, sin embargo allá había que hacerlo diariamente en casa; acá, en Florida, el cerdo se sacrifica para consumirlo frito, pero en Morales de Valverde se producían varios derivados como

¹ Relación de familiares entrevistados: hijos de Raimundo Blanco Fernández (Hilda, Edelfina, María, Fernando y Felipe Blanco Padrón) e hijos de Raimundo Mateos Morán (Eleuterio y Gerardo Mateos Vega). (N.A.)

tocino, jamón, morcilla, etc. Terminada la vendimia elaborábamos el vino para el año, disponíamos de una bodega soterrada y por las mañanas mamá extraía de allí el que beberíamos durante el día, por cierto, recuerdo haberla visto en varias ocasiones regresar más contenta que de costumbre... ¿Estudiar? ¡Ah, sí, sí!, también, como ustedes, asistí a la escuela primaria de la aldea y vencí ese nivel escolar; pero no pude continuar la segunda enseñanza porque no teníamos dinero para costear los estudios y, además, debía trabajar para ayudar al sostenimiento de la familia; incluso, cuando estudiaba en primaria alternaba las clases con las labores agrícolas.

Mi abuelo se había quedado ciego y yo le servía de lazarillo, especialmente para llevarlo a rezar en la parroquia; la familia era católica y fui escogido como monaguillo, por lo que todos los domingos ayudaba al cura en la misa. Mi hermano, Odón, mayor que yo, fue llamado a cumplir el servicio militar y lo enviaron a Marruecos; en esa aventura de guerra resultó muerto. Tal hecho conmocionó a la familia, mamá estaba inconsolable y papá no lloraba pero cuando se mencionaba el asunto la tristeza que llevaba en el alma la reflejaba en el rostro. Desde entonces, era yo el único hijo varón y el trabajo de tres lo teníamos que hacer dos.

¡Paseos y distracción! ¡Bah, hombre, en Morales de Valverde no teníamos tiempo ni dinero para eso! Día a día, trabajo y más trabajo; como la aldea era pobre no contaba con centros culturales o instalaciones destinadas al esparcimiento. El dinero prácticamente no se veía; los servicios del médico, de la farmacia y otros se pagaban con gallinas, huevos, patatas..., como en la época medieval, al respecto papá solía decir: “Aquí, en Morales de Valverde, todavía vivimos como en los tiempos del *Cid Campeador*”.

2. LA IDEA DE VIAJAR A CUBA

Félix Mateos, un primo mío a quien le faltaba poco para recibirse de sacerdote, fue el primero de la aldea que partió hacia Cuba; luego regresó de visita a España y, al llegar a Morales de Valverde, contaba cómo le había ido en la empresa: “Allí muchos paisanos se dedican al comercio, sin embargo a quienes procedemos del campo nos conviene laborar en la agricultura. La fuente de trabajo más importante en el campo es la caña de azúcar (el corte, y en menor medida la siembra y limpia). El laboreo resulta muy pesado pero se gana buen dinero”. Félix regresó a Cuba y se estableció en la provincia de Oriente; allí contraería matrimonio y formaría una familia. El hermano de Félix, Raimundo Mateos Morán, entusiasmado con los comentarios de Félix, me persuadió de que en Cuba podíamos tener un futuro promisorio.

Como te he dicho, en Zamora apenas se veía el dinero y entonces razonamos que si en Cuba podía ganarse, ir hasta la isla para trabajar y obtenerlo

sería una buena opción. En esa idea coincidimos ambos Raimundo y, casi adolescentes, decidimos viajar a Cuba. Se nos ha preguntado después, si nuestra salida de España tenía el propósito de evadir el servicio militar; en realidad, aunque también tuvimos en cuenta el asunto, esa no fue la causa principal que nos condujo a realizar el viaje; digamos que lo del servicio militar podía verse como un elemento secundario. Les reitero, el móvil fundamental que nos hizo tomar tal decisión era de tipo económico: hacer fortuna, como en aquellos tiempos solía decirse. Y escuchen bien que digo viajar a Cuba y no emigrar, porque en aquel entonces la idea migratoria no estaba en nuestras cabezas; se trataba de venir a Cuba, ganar honradamente cuanto dinero fuera posible y luego regresar a España. Cuando retornáramos a Zamora parte del dinero lo daríamos a nuestras familias, a fin de mejorarles la vida, y los Raimundo, cada uno por separado, compraríamos una estancia para trabajar la tierra; así estaríamos en condiciones de actuar independientes y formar nuestras familias, aspiración que siempre estaba presente en los planes de todo hombre joven.

Aunque no tan penosa como la muerte de mi hermano, la proximidad de mi partida significó un golpe para la familia; mis hermanas y papá se mostraban muy tristes, mamá lloraba todas las noches y entre lágrimas decía que yo no iba a regresar de Cuba. La despedida, con la imagen de aquellos rostros afligidos, la tengo grabada en el cerebro para siempre; yo me sentía como suspendido en el aire y dentro del pecho tenía una combinación extraña de esperanza y dolor.

3. TRAVESÍA Y LLEGADA A LA HABANA

Junto a mi primo Raimundo Mateos y con apenas dieciséis años (nací el 12 de marzo de 1899), en 1915 emprendí el viaje a Cuba. En el barco, también por primera vez, venían otros jóvenes españoles, incluso de Zamora, a quienes no conocía:

- “¡Oye, Blanco! ¿Sucede algún problema, a qué miras tanto?.
- ¡Eso, Raimundo! ¿Qué es...?
- ¡Bah, es un hombre! En África y en otras partes del mundo hay muchos hombres como ese..., negros”, respondió Mateos.

Por primera vez en mi vida veía uno y durante un rato permanecí estupefacto. El hombre formaba parte de la tripulación y era el fogonero del barco.

- “Sabes, Mateo, si lo llevamos a la aldea seguramente allí nos pagan muy bien para verlo”, le comenté al primo en voz baja.

Quién diría en esos momentos que un tiempo después en Cuba varias personas negras serían buenos amigos míos.

En la segunda mitad del año anterior (1914) había comenzado la Primera Guerra Mundial y en un momento determinado del trayecto, avistamos unas

cañoneras que si mal no recuerdo eran inglesas, pero el incidente no trajo consecuencias de importancia. Sin embargo la situación de guerra hizo al capitán del barco tomar precauciones adicionales, y el desplazamiento de la nave fue más lento que el habitual; por tal razón la duración de la travesía aumentó en varios días y esa circunstancia me obligó a gastos adicionales; el dinero lo tenía calculado al detalle, incluido los primeros días de estancia en Cuba. Cuando arribamos al puerto de La Habana, en los bolsillos no tenía ni un centavo.

Una vez desembarcados, en determinada área del muelle habanero nos agrupamos seis o siete mozos, todos con las boinas distintivas.

- “¿Alguno de ustedes es Raimundo Blanco?”, con acento español preguntó una persona que husmeaba por el lugar.
- “¡Sí, soy yo!”, respondí.
- “Mire, en esa calle está el Centro Gallego², espéreme allí que tengo una razón para usted”.

El hombre se marchó hacia otra dirección en pos de hacer una diligencia y con Mateos me dirigí a la calle indicada; localizada la edificación aguardamos en ella por el individuo.

- “Félix Mateos dijo que usted es de la familia y me encargó orientarlo o darle otro tipo de ayuda si es necesaria”.

No sé por qué aquel gallego –ese sí era nativo de Galicia –preguntó por mí en lugar de por Mateos, pues Félix sabía que también vendría el hermano. Como en aquel momento para mí no era importante ese detalle, muy rápido le respondí:

- “¡Hombre, claro que sí! Como usted sabrá el barco se retardó y tuve que gastar hasta la última peseta”.

Luego de comentar las peripecias de la travesía y responder algunas preguntas referidas a España, el coterráneo me dio cinco pesos los cuales me permitirían sufragar los gastos más perentorios de alimentación, hospedaje y traslado hacia la región donde tenía previsto asentarme.

4. EL PRIMER TRABAJO EN CIEGO DE ÁVILA. EL PLAN DE AHORRO

Como trabajar era para nosotros el asunto más urgente por resolver, no debíamos perder el tiempo en La Habana. Mateos y yo decidimos trasladarnos de inmediato hacia la provincia de Camagüey, donde abundaban las plantaciones de caña de azúcar. El lugar escogido fue el norteño poblado de Morón, al cual llegamos en tren después de varias horas de viaje.

² En realidad no tengo la certeza de que fuera esa la institución, tal vez era otra de las organizaciones españolas existentes en La Habana (N.A.).

Hambrientos, nos dirigimos a una fonda propiedad de un paisano:

- “¿De qué provincia de España son ustedes?”, preguntó el dueño apenas ocupamos una mesa.
- “De Zamora”, respondimos al unísono.
- “¡Ah, sí! ¿Y de qué región?”.
- “Morales de Valverde”, me adelanté a contestar.
- “También yo soy zamorano y en Morales de Valverde conozco algunas personas. ¿Cómo se llama usted?”. Le di el nombre y apellidos y el de mis padres.
- “¡Entonces..., eres nieto de Blanco! ¡Si te has criado con tu abuelo debes ser tan bueno como él! ¿Dónde estás trabajando?”.
- “Acabo de llegar y aún no he conseguido”.
- “Te ofrezco trabajar aquí, conmigo. Tendrás alojamiento, comida y un sueldo de treinta pesos mensuales”.

De este modo, obtuve el primer empleo en Cuba, como ayudante de cocina. ¿Sabes?, esa fue la época en que más patatas he mondado, dos o tres sacos diarios, y más pescado escamé en toda mi vida; también fregaba, limpiaba y cuanta cosa fuera necesaria realizar en la fonda. El dueño tenía buen trato y estaba contento con mi conducta laboral, lo cual me hacía sentir bien pero, pasado varios meses, saqué cuentas y llegué a la conclusión de que ganando treinta pesos no iba a lograr la añorada fortuna para regresar a Valverde. Por mucho que ahorrara, la cantidad siempre estaría entre los diez y quince pesos mensuales, o sea la mitad o un tercio de lo que ganaba; por tanto, en el año apenas acumularía de ciento veinte a ciento cincuenta pesos.

“Tardaré no menos de diez años para atesorar mil quinientos pesos; tres mil tal vez logre tenerlo en veinte años. ¡Bah, bah, ese es mucho tiempo!”, me dije.

Ahorrar la suma de unos tres mil pesos era mi plan desde que salí de España, en aquel momento equivalía a más de once mil pesetas, con los que retornaría a Morales de Valverde; le daría una parte a papá, a fin de mejorar las condiciones de vida de la familia, y con la otra me compraría una parcela de labor.

5. LAS “VACAS GORDAS” Y LOS CORTES DE CAÑA

En Cuba gobernaba el Presidente Mario Menocal y, después de estallar la Primera Guerra Mundial, se inició una etapa a la que el pueblo llamó las “vacas gordas”, pues el azúcar alcanzó precios mundiales elevados y crecientes; incluso, al término de la guerra la libra de azúcar subió hasta más de veinte centavos, y al período se le llamó “danza de los millones”.

Les decía que transcurrido unos meses de trabajo en la fonda de mi paisano (en Morón), continuar en ese empleo no me resultaba conveniente; decidí incorporarme a los cortes de caña para ganar más y lograr lo planeado. Al dueño de la fonda le expliqué la idea y le agradecí la ayuda prestada; él fue comprensivo y me dijo:

– “Entiendo lo que deseas hacer, pero si en esa aventura no tienes éxito puedes volver, que aquí siempre tendrás empleo”.

Me enfrenté al corte de caña y en las primeras quincenas, como todo el que empieza, el rendimiento no fue tan bueno como el alcanzado después; en la faena me ayudó el entrenamiento que había recibido en las duras jornadas de los campos de Valverde, especialmente la siega de trigo, pero desde la primera zafra³ me convertí en lo que suele llamarse un buen machetero.

Mateos y yo trabajamos durante varias zafras seguidas en los cañaverales de la zona de Ciego de Ávila. Cortábamos durante el día y en grupo alzábamos caña a mano por la madrugada. La cortaba solo, pues la práctica ha demostrado que en pareja los macheteros rinden menos; cuando se juntan dos toman más descansos, hablan y pierden tiempo.

¿Qué dices? ¡Tres! ¡No, hombre, no! ¡Tres o cuatro juntos es peor que dos, porque siempre hay uno amolando el machete!

Aunque ustedes eran unos muchachos saben que hasta inicio de los años sesenta las zafras azucareras eran cortas (duraban dos o tres meses), al resto del año se le llamaba “tiempo muerto”, pues en esa etapa (solo durante algunas semanas) se le daba la atención al cultivo, guataquea⁴, vira de paja, chapea⁵ y desorillo de la caña, con una paga miserable. En el “tiempo muerto” había que pulirla muy duro para conseguir algún trabajito y subsistir hasta la siguiente zafra; en ese periodo se corría el riesgo de gastar lo que habías ganado en la contienda azucarera, les ocurría así a los campesinos cabezas de familia. En mi caso, un hombre solo, que llevaba una vida austera y tenía el firme propósito de ahorrar el máximo para retornar al terruño, pude economizar y con la finalidad de no perder el dinerito, evitar un robo y no caer en la tentación de malgastarlo, lo metía en el banco. En las sucesivas zafras de “vacas gordas” mi cuenta bancaria aumentaba.

³ Cosecha de caña dulce. (N.A.)

⁴ Limpiar o desbrozar el terreno con la guataca (azada corta que se utiliza para limpiar de hierba las tierras). (N.A.)

⁵ Limpiar la tierra de hierbas y malezas con el machete. (N.A.)

6. LOS AHORROS SE ESFUMAN, PERO EN LAS “VACAS FLACAS” EL TRABAJO CONTINÚA

En el año 1920 se produjo la debacle financiera: el precio mundial del azúcar bajó a niveles ínfimos y la banca, que había realizado grandes empréstitos⁶ a los productores, no podía recuperar el dinero pues éstos no tenían con que pagar. Los ahorristas, temerosos, acudían en oleadas a los bancos para poner a salvo sus depósitos. Menocal dictó una Moratoria que aplazaba temporalmente el desplome, pero en definitiva no pudo evitar el crack bancario; productores arruinados y hasta suicidios hubo en el país.

Para esa fecha mis ahorros ascendían a dos mil quinientos pesos y tenía calculado que, en una a dos zafras más, alcanzaría la cifra de los tres mil. Pero..., los tenía depositados en el banco o mejor dicho: ¡vaya usted a saber adónde fueron a parar! Implantaron la Moratoria pero, de todas maneras, aquel banco quebró y no pude recuperar ni un peso, ni una peseta, ni un real, ni un centavo. ¡La cuerda siempre revienta por el tramo más débil!

Este abuelo de ustedes, a quien le preguntan por la vida de esos tiempos, después de trabajar cinco años de sol a sol, sin ánimo de enriquecerse pero sí de mejorar la vida de su humilde familia y la propia, en un dos por tres, como se decía antes, vio derrumbados todos los sueños y echado en saco roto un lustro de juventud. Aquel fue uno de los momentos más amargos de mi vida. ¿Qué hacer? ¿Mantener el plan inicial y empezar de nuevo? ¿Esa situación sería transitoria y volverían de nuevo las “vacas gordas”? Para la última pregunta no tenía respuestas porque de adivino no tengo un pelo, sin embargo, respecto a las primeras, con el mismo plan u otro, sólo tenía una salida: trabajar y ahorrar.

Al periodo siguiente el pueblo lo denominó el de las “vacas flacas”, en Cuba siempre se le pone nombre a todo; pero lo triste del asunto fue que a partir de entonces las vacas nunca volverían a engordar, al menos para mí y los trabajadores del campo. En Ciego de Ávila nos mantuvimos un tiempo más pero, como los cortes de caña no terminaban a la vez en todas partes, empezamos a incursionar en un municipio aledaño, Florida. De esa manera Mateos y yo llegamos al lugar donde, a la postre, nos establecimos para fundar sendas familias: Los Bazanes⁷. Sitio que ustedes conocen bien porque allí nacieron y vivieron durante la niñez. Frente al apeadero del ferrocarril, más o menos por donde después vivía Rodobaldo, Mateos y yo teníamos una casita de donde todos los días, muy temprano, salíamos a trabajar hacia los campos de caña

⁶ Cantidad así prestada. Préstamo. (N.A.)

⁷ Zona del campo perteneciente a Florida. (N.A.)

u otras plantaciones agrícolas. Resulta que en cierta ocasión nos quedamos dormidos y, como a las 09.00 de la mañana, un campesino de la zona tuvo que despertarnos: nos habían robado casi todas las pertenencias y pudimos recuperar solo algunas ropas que el ladrón (o los ladrones), al parecer asustados por algún motivo, dejó regadas(sic) a lo largo de la línea férrea. Llegamos a la conclusión de que para realizar el atraco empleó adormidera o, ¿cómo es la palabra que dijeron? ¡Ah, sí, eso!, una sustancia somnifera.

Como en el tiempo muerto conseguir trabajo era muy difícil, decidí alquilar unos cordeles de tierra a Pablo Placeres, un campesino de Los Bazanes, tío de María Luisa, la abuela de ustedes; eso me permitió cultivar vegetales y frutos menores y ganar algún dinero para subsistir.

Pedro, hermano de Pablo, un tiempo después dijo:

- “Blanco es una persona seria y honrada, aunque no tenga todo el dinero, voy a venderle tierras porque el sí me las va a pagar”.

Así pude comprar los primeros cordeles de tierra, en el lugar que después llamaríamos “El Otro Sitio”. Por cierto, allí construí una casita de madera con techo de guamo y al pasar un ciclón la inclinó hacia un lado; al verla, me dije: “cuando terminen los aguaceros veré como la enderezo”; pero sucedió que el ciclón volvió desde la dirección contraria y entonces sí que la desbarató completamente.

7. ADIÓS A ZAMORA. EN FLORIDA UNA NUEVA FAMILIA

A mediados de la década de los años veinte conocí a una joven campesina, bonita, de familia honrada, y me enamoré; entonces decidí casarme. A Raimundo Mateos le sucedió otro tanto y se comprometió con Flor María, hermana de mi esposa María Luisa Padrón Placeres. A mediados de los años veinte nació Sofía; dos años más tarde Fernando; a continuación Edelfina, tu mamá, y en las décadas posteriores los demás. María Luisa y yo hemos tenido nueve hijos, tres varones y seis hembras. Dos de mis hijas, jóvenes y hermosas, murieron, primero Sofía y muchos años después Obdulia; el dolor causado por la pérdida de ambas aún está latente y oculto muy dentro del corazón; a cada rato, cuando las recuerdo, renace como el marabú de punzantes espinas. Raimundo Mateos tuvo en su matrimonio cuatro hijos varones, los que se criaron y crecieron como parte de mi familia, especialmente Eleuterio y Gerardo, quienes mantienen relaciones muy cariñosas con todos nosotros.

Al nacer mis primeros hijos, no puedo decirte en qué momento exacto, sentí germinar una nueva familia y Florida se convirtió en otro terruño mío. Desde entonces no pensé más en volver a Zamora, pero tampoco rechacé definitivamente la posibilidad de hacerlo; obviamente, en tal caso hubiera sido con mujer e hijos, lo que a todas luces resultaría muy difícil.

El Machadato, nombre dado al mandato del presidente Gerardo Machado, con las hambrunas, represiones, asesinatos políticos, ausencia de dinero y coincidencia con la crisis económica mundial (1929-33), se encargó de afianzar mi estancia en Cuba; los gobiernos posteriores tampoco mejoraron la situación del trabajador en el campo. Sin embargo, no fue hasta 1951 que solicité se me acreditara como ciudadano cubano. Pude conseguir un empleo en el central Carlos Manuel de Céspedes (primero como suplente y después fijo), convirtiéndome así en obrero de la industria azucarera. Eso para mí significó un mejor salario, mayor estabilidad en el período de zafra y una jubilación, aunque modesta, más segura, la cuál ya disfruto desde 1960 y espero que así sea hasta el último día de mi existencia.

Raimundo Mateos era para mí como un hermano. Nacimos en la misma aldea (él un año después que yo); juntos vinimos a Cuba, tuvimos iguales aspiraciones y desvelos, enfrentamos idénticas penurias y hasta nos casamos con mujeres hermanas. Sin embargo a Mateos la vida le resultó más adversa, primeramente su mujer Flor de María, murió a los treinta y un años, a causa de una apendicitis; ella requería de urgente atención médica y en aquellos tiempos no existía en el campo. Entonces quedó solo con cuatro hijos y contrajo matrimonio con una buena mujer, natural de Las Palmas de Gran Canaria; de esa unión no hubo descendientes. A los cuarenta y ocho años de edad, Mateos falleció de una cruel enfermedad, ese fue otro momento extremadamente doloroso para mí, pues perdí al hermano, al mejor amigo y al más fraterno compañero de luchas en la vida. ¡Sí!, en esta zona de Camagüey vivían dos o tres zamoranos más, pero no los conocí.

Aquí, en Florida estuvo uno muy allegado a Mateos y a mí, porque también había nacido en Morales de Valverde: se llamaba, desconozco si ha fallecido, Isidro Domínguez Álvarez; había prestado servicio en el ejército español y vino a Cuba con el nombre de un hermano, según decían deserción u otro aspecto relacionado con la actividad militar motivó el viaje; trajo esposa e hijas y un tiempo después volvió con ellos a España. Regresó a Cuba solo, y en 1948 retornó definitivamente a la tierra natal; por lo que me contaron pudo llevarse una considerable suma en dólares. Aunque no conocía todas las interioridades de su vida, siempre lo consideré una buena persona. Les doy el nombre para que, si en el futuro alguno de ustedes logra ir a Morales de Valverde, pueda indagar por los descendientes.

En los años cincuenta logré reunirme con mi hermana Demetria tres veces. Ella residía en Nueva York con una hija y viajé a los Estados Unidos para verla; económicamente no estaba mal porque tenía una casa de huéspedes y vivía de sus rentas. En esa década también Demetria vino a Cuba dos veces, la primera antes de que yo fuera a los Estados Unidos, cuando aún vivíamos

en Los Bazanes. ¡Ustedes la deben recordar, porque tenían como cinco o seis años! Siempre mantuvimos comunicación a través de las cartas y por ella supe cuando fallecieron mis padres. Después que Demetria murió no he sabido más de mi familia en España⁸.

¡Qué dices! ¡No, hijo, no! Si antes no fue posible, cómo ahora con noventa y seis años podría ir a Morales de Valverde. Hilda, Felipe, Felipito, Yolanda, Orlandito, ustedes, en fin mis hijos y nietos que son jóvenes tal vez puedan, pero yo no; las añoranzas que mi corazón guarda de aquel terruño las llevaré a la tumba conmigo.

Para que en esta ocasión la suerte no me jugara una mala pasada, saqué del banco el dinerito que tenía ahorrado y lo repartí entre todos mis hijos. Mira, José Ángel, antes de que regreses a La Habana, te voy a dar cinco pesos para cada una de tus hijas, esas biznietas jimaguas⁹, de las que conservo con mucho cariño una fotografía donde junto a ellas estamos María Luisa y yo.

¡Oh!, a esta otra pregunta, la respuesta es sí. ¡He sido y soy muy feliz!

Además de mis hijos, hasta hoy tengo quince nietos y veintitrés biznietos; ninguno de ellos es asesino, delincuente, vagabundo, ni tiene cuentas pendientes con la justicia; son trabajadores de la ciudad o del campo, algunos como ustedes dos y Orlandito, han estudiado carreras universitarias, pero con independencia del trabajo que realizan y del nivel cultural de cada uno, son honrados, decentes, laboriosos y tienen muchas otras buenas cualidades; hay una muy importante: son cariñosos y, ¡me quieren tanto...!

Como también yo los he disfrutado mucho, cuando Dios mande a buscarme, partiré tranquilo.

⁸ Actualmente dos hijos de Raimundo Blanco, Hilda y Felipe, se comunican con algunos de los familiares radicados en España. (N.A.)

⁹ Dentro de la religión Orisha, se conoce por este nombre –también como Ibeyis– a dos divinidades gemelas generalmente sincretizadas con los santos católicos mellizos, Cosme y Damián. Son los protectores de la infancia. (N.E.)



Certificación de nacionalidad española de Raimundo Mateos Morán.



Certificado de antecedentes penales de Raimundo Mateos Morán.



En el centro, con las piernas cruzadas, Raimundo Mateos Morán. A su lado, Victoria Quintana Quintana, su esposa. A la derecha de Raimundo, Eleuterio, Gerardo y Fernando Blanco. A la izquierda de Victoria, Sergio y Herminio Blanco. Al fondo, el naranjal de la familia. En primera línea, Tribilín, el perrito de la casa.



Raimundo Blanco junto a su esposa María Luisa.



Raimundo Blanco en el centro junto a su esposa María Luisa, su nieto José ángel Gárciga Blanco y su esposa Grisel, y sus nietas Dayana y Daimé.